

El pollo que no quiso ser gallo

Fabián iba rumbo al arroyo que quedaba en la parte trasera de su casa, cuando escuchó un piido. Se detuvo a oír con cuidado. Se acercó a unas matas y descubrió a un pollito bastante simpático. “Pío, pío”, susurraba el pollito.

Fabián dijo:

—¡Qué lindo gato!

El pollito dijo: “pío, pío”, con lo que quería decir que no era gato, sino pollo.

—¡Qué lindo gusanito! —gritó Fabián tomándolo entre sus manos. El pollito hizo pío, queriendo dejar en claro que no era gusano, sino un pollo. Y pensó: “¡Qué niño tan ignorante!”





se quedó quieto porque estaba muy asustado y había perdido a su madre.

Fabián llegó a su casa y gritó:

—Mami, mira lo que encontré.

—¡Ay, qué linda cacatúa! —gritó la mamá y el pollito dijo “píííooo”, ya francamente molesto. Pero no le pusieron atención.

—Mami, voy a adoptar a este alacrancito y lo voy a cuidar hasta que se convierta en ganso.

—Me parece muy bien —dijo la mamá—, pero cuida que no se coma lo poco que tenemos en la despensa.

Cuando llegó el padre, la mamá le dijo:

—Tengo una buena noticia. Fabiancito encontró un sinsonte cerca del río.

—¿Un sinsonte? ¿Qué es eso?



—Pues un animal con patas y algunas plumas amarillas y que dice pío, pío.

El pollito escuchó eso y se enojó muchísimo.

Gritó: “pííííoooo”, golpeando con sus patitas el suelo. Fabián dijo:

—Ay, qué bonito canta mi canario.

El pollito estaba rojo de la ira, pero nadie le puso atención.

Llegó el padre a la habitación de Fabián y miró al pollito. Dijo:

—¡Pero qué hermoso pavo real!

El pollito escondió la cabeza debajo de la almohada y ya no quiso saber nada de la vida.

De todos modos al día siguiente tuvo un poco de alegría, pues al lado del plato de leche que le había puesto la mamá, encontró unos granitos de arroz.

Pasó el tiempo y todos los días al pobre pollo lo confundían con un animal diferente.

Pocos meses después, el pollo creció lo suficiente para convertirse en gallo. Y esa mañana ya no hizo pío sino:

—¡Quiquiriquí!

Gritó: “¡Quiquiriquí!” y despertó a toda la familia.

—¿Qué fue eso? —preguntó el padre—. Parece un gallo. Y está en nuestra casa.

Entonces apareció el antiguo pollito, ahora convertido en gallo, luciendo orgullosamente sus plumas de colores tornasolados y lanzó otro quiquiriquí indudable.

—¡Es un gallo! —gritó Fabián.

—¡Es un gallo! —exclamó la mamá.

Y el padre dijo:

—Definitivamente: no es una lagartija, sino un gallo.

El gallo se sintió feliz y volvió a cantar, más fuerte que nunca y a su canto respondieron todos los gallos del valle.

Qué orgullosa estaba de su gallo la familia de Fabián.

Llegó la hora de comer y el padre se sentó en la mesa.

—¿Qué tenemos para comer? —preguntó.

La madre puso los platos vacíos sobre la mesa.

—No hay nada, nada, nadita.

Y el padre dijo:

—Voy a salir a cazar.

—Recuerda que no hay municiones para la escopeta, ni dinero, ni nada.

—Iré entonces a pescar.

—El río ya no tiene peces.

—¿Qué vamos a comer? —preguntó el padre.

En ese momento el gallo tuvo la mala fortuna de lanzar su quiquiriquí al aire.

—Comeremos gallo —dijo el padre—. Si no queremos morirnos de hambre comeremos gallo.

—Creo que no es un gallo —gritó Fabián sintiendo que toda la luz del mundo había dado paso a la noche más oscura.

—¿No es un gallo? —preguntó el padre.

—No, papá, no es un gallo.

—Tienes razón. No es un gallo. Creo que es un...

—Sí, es un... —dijo la mamá.

